

Mario Honrubia en mi memoria

Diego Rivera Núñez¹

1 Departamento de Biología Vegetal, Universidad de Murcia
drivera@um.es¹

INTRODUCCIÓN

No resulta fácil abordar un ejercicio de memoria a final de curso, cuando las neuronas funcionan a medio gas y van agotadas, esperando la llegada de las vacaciones. Es ahora, sin embargo, cuando Asun Morte me propone, como al resto de compañeros, recordar al primero que nos dejó: Mario. No puedo dejar de participar en este homenaje con lo que sea capaz de hilar.

LOS INICIOS

Aunque difuso, mi primer recuerdo se remonta a una excursión botánica al Puerto de la Cadena, organizada por el profesor Xavier Llimona en el curso 1977-1978. En esa época yo era alumno de segundo curso de la licenciatura en Biología y de la asignatura de Botánica en la Universidad de Murcia. En la parada de autobuses de línea de Floridablanca, cerca de la Iglesia del Carmen, me encontré con un barbudo bien moreno que me preguntó si ese era el autobús que iba a la Arrixaca, era José María Egea. Creo recordar que a esa excursión Mario también vino, pero en un coche destartado.

LA ACTIVIDAD FRENÉTICA

Con la marcha, yo diría, en términos taurinos, “espantá” de Xavier Llimona, el futuro de lo que sería “Departamento” de Botánica, quedo en manos de una alternancia de funciones entre José María y Mario. Muchas cosas quedaron por hacer diferidas a tiempos mejores (como el jardín botánico del Campus de Espinardo, que nunca se realizó). Pero otras muchas se llevaron a cabo. Especialmente notables en mi memoria destacan las jornadas organizadas en Murcia, tanto sobre micología como sobre botánica general. Ahí la iniciativa y genio organizador de Mario nos llevaron a implicarnos a todos los que por Botánica andábamos. Todavía recuerdo ese salón, para mí inmenso, de la Caja de Ahorros, lleno hasta rebosar, con centenares de asistentes y gente sentada en los pasillos, para escuchar las charlas sobre las plantas y su utilidad o sobre los hongos, o las algas. Es algo que no he vuelto a ver. Posiblemente porque los tiempos son

otros, pero también porque aquella capacidad de iniciativa nos dejó para siempre.

Era la época en que los paneles los componíamos a mano con cartulinas, recortando, pegando, dibujando. Todavía no teníamos acceso a las impresoras laser, la infografía digital, y todas las técnicas que simplifican el trabajo pero lo hacen menos personal y artesano.

Recuerdo que Mario, a instancias de Xavier Llimona, había gestionado con Paul Berthet mi estancia en el Jardín Botánico de Lyon, gracias a su contacto previo, uno de los centros para los que solicité una beca del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores. En el verano de 1982 recibí una beca para participar en un curso de Agricultura Ecológica organizado por la Asociación Vida Sana en la Granja Torre Marimón del IRTA en Caldas de Mombui (Barcelona), otra para un curso del Instituto Agronómico de Zaragoza, la del Gobierno francés y finalmente la de doctorado del Ministerio de Educación español. Tuve que elegir y opté por realizar las estancias previstas en Francia, no renovar la beca francesa a finales de 1982 al terminar las estancias previstas, renunciar a la beca de la OCDE e incorporarme al programa de doctorado español.

En aquella época se nos ponía a los becarios a “trabajar en la docencia” desde el primer momento. Recuerdo siempre la iniciativa de Mario en proponerme retos difíciles en asignaturas como la Botánica General o la Fanerogamia.

También era una época en la que vivimos viajes botánicos legendarios en compañía de José María Egea y su familia y de numerosos colegas españoles y alumnos de nuestra universidad. Mientras tanto yo avanzaba como podía con mi tesis doctoral. En 1985 Mario me conminó a permanecer en Murcia en la Semana Santa y Pascua para darle un impulso a la redacción de mi tesis. Es algo que no hubiera hecho sin su sabio consejo y que me ocasionó un buen disgusto con José María, pero que permitió que en noviembre de ese año pudiera defender mi tesis y pocos días después se pudiera presentar la primera tesina que dirigí.

Pocos meses después Mario volvió a la carga luchando por mi primer contrato como profesor asociado en la Universidad de Murcia, que comenzó en 1986.

En aquel período recuerdo las intensas actividades de campo con los alumnos lideradas por Mario y José María, continuando la tradición establecida por Xavier Llimona, de que la botánica se enseñaba y aprendía mejor en el campo. Son las legendarias excursiones micológicas a Riópar, las salidas algológicas a Cala Reona, las excursiones al Puerto de la Cadena (hasta que la autovía lo liquidó) o a Sierra Espuña.

Guardo especial recuerdo del viaje que organizamos conjunto con los alumnos de cuarto curso en la asignatura de Fanerogamia y de quinto curso en la de Criptogamia. Mario y yo aprovechamos nuestros contactos en Navarra, Jaca, Álava y San Sebastián para organizar una excursión, única en muchos aspectos, ya que no la volvimos a repetir. Comenzamos viendo anochecer en la laguna de Gallocanta, ya que nos perdimos y llegamos tarde, visitamos lugares tan legendarios como la Peña Oroel de Jaca, la Senda de los Cazadores de Ordesa, la Foz de Arbayún, los Mallos de Riglos, los hayedos de Orbaizeta o del Moncayo.

Otro año recorrimos, con los alumnos de Fanerogamia y Criptogamia de la especialidad de Botánica, la cara occidental de la Sierra del Relumbrar o Herrumblar en el suroeste de la provincia de Albacete, con todo un autobús de alumnos. Que tuvo que esperarnos al otro lado de la senda donde el puente del Guadalmena, bastantes kilómetros alejado del punto de partida.

Al incorporarme a la asignatura de Botánica Aplicada y posteriormente a la de Etnobotánica, mi participación en estas actividades de campo se redujo considerablemente, en paralelo con la incorporación de nuevos profesores al Departamento.

También recuerdo la intensa actividad de Mario en la organización del traslado de los botánicos desde el viejo edificio C de la Casa Cuna del Complejo "Francisco Franco" de la antigua Diputación Provincial de Murcia en Espinardo al nuevo edificio en el Campus Universitario. Nuestra situación en el complejo de Espinardo era verdaderamente surrealista. Teníamos la última planta del ala norte del edificio, con un ala oriental más extensa para los criptogamistas (micólogos, liquenólogos, algólogas, briólogas, etc.) y un ala más compacta donde los fanerogamistas y geobotánicos nos encontrábamos en una sala compartida con los herbarios en los armarios y una sala adjunta para prensar y tratar las plantas con sublimado corrosivo de alcohol. En aquella época una de las prioridades era el enriquecer el herbario UMU. El surrealismo viene de que esa planta tenía todo su mobiliario original para ser usado por niños, por lo que todas las mesas

tuvieron que ser adaptadas añadiendo piezas extra a las patas. Resultaba curioso ver el despacho que ocupaba Mario en el ala de Criptogamia con un cuarto anexo provisto de aseo y sala de baños. Evidentemente se trataba del espacio que en la Casa Cuna debía ocupar la persona al cuidado de los niños en el turno de noche.

Mario mostró una energía considerable en la organización de la distribución de espacios y del traslado al nuevo edificio, que es el que ocupamos todavía. Recuerdo que fue el que me aconsejó el lugar y tipo de despacho. Por cierto que todavía utilizo una mesa de despacho reciclada que pasó del despacho de catedrático Rector Sabater al de Xavier Llimona, luego la mesa fue heredada por Mario que finalmente me la pasó con ocasión del traslado, junto con una estantería que la acompañaba. Es un notable ejemplo de reutilización y de la buena calidad de los materiales viejos ya que siguen perfectamente en uso después de más de cuarenta años.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Los profundos cambios sufridos con las incorporaciones de nuevo personal docente en la infraestructura del Departamento modificaron las oportunidades de colaborar con Mario en el ámbito del Departamento. Pero no acabaron ahí. La creación de un Servicio de Experiencias Agrícolas y Forestales bajo el liderazgo de Mario nos dio una nueva oportunidad. Mario me convenció en la utilidad de experimentar en ese campo las posibilidades de cultivo de la flora autóctona. Allí trabajamos mucho Francisco Alcaraz, muchos de nuestros colaboradores y yo mismo.

Fue la época en que realizamos el inventario de las variedades tradicionales de frutales de la Cuenca del Segura y andábamos también implicados en la tesis etnobotánica de Alonso Verde en las sierras de Castilla La Mancha. Muchas de esas plantas acabaron en experimentos en ese campo, algunos de los cuales tendrían influencia en nuestro Curso de Especialista Universitario en Jardinería y Paisajismo Autóctonos, en el origen de vocaciones viverísticas notables como la de Rubén Vives y a largo plazo en la vocación "jardineril" de Segundo Ríos que le llevará a crear el espléndido jardín botánico de la Universidad de Alicante en Ibi (Estación Biológica de Torretes).

No acaba ahí la intervención de Mario, ya que él fue el que nos puso en contacto a Francisco Alcaraz y a mí con Joaquín Fernández de la Unidad Técnica de la Universidad de Murcia para colaborar en la utilización de flora autóctona en los jardines de los campus y también en la realización del primer libro sobre la Flora del Campus de Espinardo.

CONSTRUYENDO Y EPÍLOGO

Volvimos a coincidir en el Claustro que llevó al Rectorado al Profesor Ballesta Germán, actual alcalde de Murcia. Cuando tras la elección, el Rector Ballesta y José María Gómez Espín me propusieron implicarme activamente y comprometerme en el proyecto del desarrollo de las infraestructuras de la Universidad, algo que me ocuparía los siguientes ocho años, fue nuevamente el consejo de Mario uno de los que me decidieron a aceptar el reto.

En el desempeño de esa tarea volví a compartir con Mario varios proyectos. Por un lado, bajo el Decano García Carmona, diversas actuaciones orientadas a la mejora de las infraestructuras de la Facultad de Biología y, especialmente, la ampliación y mejora de las instalaciones del Campo de Experiencias. Esta reforma me supuso uno de mis mayores disgustos al ver desaparecer lo que quedaba de nuestras experiencias de cultivo bajo las palas de las excavadoras. Sin embargo el proyecto en su conjunto era ambicioso, dotaría a la Universidad de unas instalaciones punteras en aspectos de experimentación y biotecnología agroforestales. Las obras se realizaron en el marco de la infraestructura cofinanciada por la Unión Europea orientada a la investigación, dentro de un ingente conjunto de actuaciones que implicaba la creación de varias depuradoras de aguas residuales, experimentales, las mejoras en equipamientos y edificios de investigación de uso conjunto y otras tantas actuaciones lideradas por José Ballesta y su equipo. En el caso del Servicio de Experimentación Agrícola y Forestal, Mario dedicó intensa atención y cuidado en la elaboración del proyecto presentado a la Comisión, en la definición del programa de necesidades para las diferentes obras (invernaderos, campos experimentales, edificio principal, oficinas) y en la supervisión de la obra.

Tras dejar la frenética actividad de gestión, de vuelta a la actividad cotidiana de investigar, aprender y enseñar, me encontré con la posibilidad de optar a una cátedra. De nuevo el consejo de Mario fue importante, junto a la insistencia de compañeras como María José Quiles o Alfonso García Ayala e incluso el mismo vicerrector de profesorado José María Ruíz Gómez

Los últimos años han sido el ver en Mario el coraje con que hizo frente a la enfermedad devastadora. Era difícil doblegar el ánimo de ese almanseño que como el castillo que enseñoorea su tierra se mantuvo en pie, erguido, destacando sobre el llano. Descansa en paz y gracias Mario.